

presentada por la Grecia, y la materia ó fuerza bruta, personificada por el despotismo romano. Aserciones son éstas que, por evidentes en historia, sólo pecan de vulgares. Así y todo ellas demuestran hasta la evidencia una verdad que todavía el mundo, ciego en medio de sus luces, se obstina en desconocer, cual es la divinidad de esta Iglesia que, si no fuera quien es, habría sucumbido en su camino desde los primeros pasos, oprimida por cualquiera de las fuerzas mencionadas. La menor de ellas habría bastado para ahogarla: pues ¿qué hicieron todas juntas? ¿Qué no hace la tradición religiosa de los judíos para sofocar la nueva escuela que amenaza dar en tierra con lo pasado, como la realidad acaba con lo que no fué más que sombra y figura? «¿Qué haremos con estos hombres atrevidos, que han llenado á Jerusalén de esa doctrina subversiva?» decían inquietos los magistrados del templo y los príncipes de los sacerdotes<sup>1</sup>. Y, no pudiendo amordazar á los impávidos predicadores, pensaban ya en quitarlos de en medio, ni más ni menos que lo habían ejecutado con el Maestro. La tradición apelaba á la fuerza, como á recurso decisivo. En esto dejóse oír la voz de la razón por boca del honrado Gamaliel, quien, apoyado en el discurso y la experiencia, proponía este dilema: *Si esta obra es de los hombres, dejadla que caiga por sí misma, como sucederá infaliblemente; pero, si es obra de Dios, en vano pugnaréis por contrariarla, porque será indestructible*<sup>2</sup>. Remitíase al criterio del tiempo. Y el tiempo, no corto que digamos, ha dado á conocer de qué naturaleza era aquella obra. Y ¿habrá todavía quien pretenda reducir á proporciones humanas el establecimiento

<sup>1</sup> Act. 5, 24.<sup>2</sup> Act. 5, 38. 39.

y progreso de la Iglesia de Cristo? ¿No venció ella misma á la vana ciencia de los griegos y á la fuerza bárbara de los romanos? ¿No afirmaba el Apóstol de las naciones que, al plantar el evangelio, se estaba cumpliendo la palabra profética: *Destruiré la sabiduría de los sabios, y reprobare la prudencia de los prudentes del siglo*<sup>1</sup>, pues Dios había escogido los desechos del mundo para confundir á los grandes, y la debilidad para burlarse de la fuerza<sup>2</sup>? Así era en hecho de verdad, y, para negarlo, sería preciso desmentir no sólo al Apóstol, testigo y factor importante en aquellos sucesos, sino á la historia universal. Á iguales conclusiones conduce la victoria obtenida por el cristianismo sobre la fuerza material del fuego y de la espada. Los leones del Coliseo no pudieron ahogarlo entre sus garras: *Dextera Domini fecit virtutem*.... Es imposible no reconocer la divinidad de la Iglesia en el testimonio de su invencible fuerza.

9. Pero ¿de qué vigor no ha necesitado para perpetuarse en el mundo durante esa larga serie de siglos trascurridos? ¿Cómo habría podido salir triunfante del tiempo que todo lo consume, si, como adivinó Gamaliel, no fuese obra de Dios? Porque, si bien es cierto que al final de las persecuciones, con el advenimiento de Constantino el Grande al trono de los Césares, la Iglesia obtuvo, no sólo paz y reposo, sino prestigio y valimiento, y puede decirse con verdad que llegó á sentarse en el trono de los Emperadores romanos; tampoco entonces faltaronle enemigos interiores que combatir y vencer, no menos temibles que los exteriores, á quienes dejaba ya postrados. ¿No pulularon entonces las herejías

<sup>1</sup> I Cor. 1, 10. Is. 29, 14.<sup>2</sup> I Cor. 1, 28.

más poderosas que hubo jamás en el seno de la Iglesia, sobre todo el arrianismo, apoyado por el cetro imperial y dueño por algunos instantes de casi todo el mundo cristiano? ¿Hubo peligro ni más grave ni más inminente para la Iglesia de Cristo que aquella secta formidable? Vencidas milagrosamente por la Virtud del Altísimo las sectas y los cismas, sobrevienen las invasiones de los bárbaros, como una ola gigantesca que todo lo arrolla, cultura, religión y ciencias. ¿Quién pudo resistir á la violencia de aquel choque? El Imperio romano, á pesar de sus legiones, hubo de sucumbir después de luchas titánicas: sólo la pobre Iglesia de Jesucristo queda en pie, erguida sobre las ruinas de sus templos y los cadáveres de sus sacerdotes. Como lo había dicho el Salvador á sus Apóstoles: *Ecce ego mitto vos, sicut oves in medio luporum*<sup>1</sup>, no para que los lobos devorasen á las mansas ovejas, sino para que éstas, á fuerza de paciencia y mansedumbre, amansaran á los lobos<sup>2</sup>: así sucedía puntualmente, cuando los bárbaros del norte, indómitos y fieros, dejábanse conquistar y domar por la maternal autoridad de la Iglesia católica. La barbarie quedaba vencida, como lo había sido el paganismo, y la Iglesia extendía á lo lejos sus conquistas. Vienen más tarde la nueva civilización, el renacimiento de las letras y de las artes, los descubrimientos, la filosofía, las ciencias naturales, las constituciones políticas... Y ¿cuál es la suerte de la Iglesia en medio de tantas vicisitudes que pudieran ser para ella otros tantos golpes mortales? La piedra viva que sentó Cristo en la tierra no se mueve, cualesquiera que sean los sacudimientos que la azotan: el *Portæ inferi non prævalebunt*<sup>3</sup> es su

<sup>1</sup> Matth. 10, 16.<sup>2</sup> S. Chrysost.<sup>3</sup> Matth. 16, 18.

escudo y su baluarte. Persecuciones sin número y sin piedad siglo tras siglo, iras, venganzas, envidias, codicias y todas las pasiones conjuradas contra la Iglesia de Cristo, burlas y desprecios, violencias y amenazas, nada pueden contra aquella institución veinte veces secular, que ha entrado decididamente en una senda de eterna duración. ¿Quién puede dudar que Dios esté con ella y la ampare con su sombra? *Virtus Altissimi obumbrabit tibi*<sup>1</sup>.

10. Si hubiéramos de profundizar, amados oyentes, en el principio de esta fuerza sobrehumana de que claramente vemos revestida á la Iglesia, tendríamos que penetrar hasta el fondo mismo de su constitución divina, y hallaríamos dos elementos constitutivos que, si bien convienen á toda sociedad, son por especial manera el nervio de la Iglesia cristiana: unidad y multitud. ¡Admirables elementos de fuerza! No es preciso reflexionar mucho para comprenderlo. La unidad es la fuerza suprema en la acción; la multitud lo es, á su turno, por el número. La primera es la condensación, la segunda la multiplicación de la fuerza. Ante esa doble potencia, numérica y de acción, todo tiene que ceder, es evidente. Y la Iglesia posee, como ningún otro agente, esa fuerza duplicada, porque nadie como ella tiene tanta multitud de almas á su disposición y coordinadas con tan perfecta unidad. Es aquel ejército ordenado en batalla á que se compara, en el divino Epitalamio, la Esposa del Cordero: *Terribilis ut castrorum acies ordinata*<sup>2</sup>. Mas ¿no es este argumento contraproducentem en nuestra causa? ¿no se encuentra aquí la explicación enteramente natural y obvia del fenómeno que pretendemos atribuir

<sup>1</sup> Ubi supra.<sup>2</sup> Cant. 6, 3.

á causas sobrenaturales? Así sería en efecto, siempre que esa multitud de creyentes y ese principio de unidad pudiesen explicarse por causas de orden natural; pero ésto es imposible. ¿Qué interés ni qué móvil de condición terrena ha traído de todas las partes del mundo á esos millones de cristianos que se agrupan al rededor de la Cátedra de Pedro, repitiendo el *Tu es Christus Filius Dei vivi*<sup>1</sup>? *Nadie puede venir á mí*, decía Jesús, *sino aquél á quien mi Padre trajere*<sup>2</sup>. Y ¿qué diremos de la unidad, de esa nota característica de la verdadera Iglesia de Cristo uno<sup>3</sup>, Hijo del único Dios y Autor de la única fe que salva<sup>4</sup>? Para llegar á explicar naturalmente la perpetuidad de la Iglesia era necesario primero darse cuenta del milagro de esa unidad, que constituye un problema insoluble á la razón. ¿Por qué todo, menos la Iglesia, se desbarata y destruye? ¿Por qué reina doquiera la división, y sólo la Iglesia presenta, desde San Pedro hasta León XIII, el fenómeno de ser un solo corazón y una alma sola? ¿Por qué, cristianos? La razón es muy sencilla: porque sólo la Iglesia está animada por el Espíritu de Dios, uno é inmutable, mientras que fuera de Dios todo es mudanza y sucesión<sup>5</sup>. Y esto baste por lo que hace á la naturaleza divina de la Iglesia: pasemos á considerar, en tercer lugar, sus resultados no menos sobrenaturales y pasmosos.

### III.

II. Asombrado quedó el mundo desde los primeros días de la aparición de la Iglesia, no sólo por los pro-

<sup>1</sup> Matth. 16, 16.

<sup>2</sup> Io. 6, 44.

<sup>3</sup> Unus est Christus (Matth. 23, 8).

<sup>4</sup> Eph. 4, 5.

<sup>5</sup> Non est Deus quasi homo, ut mutetur (Num. 23, 19).

digios de curaciones de enfermos y otros muchos que obraban los prosélitos de la nueva secta, sino también por las obras no menos estupendas que se les veía practicar. ¡Qué virtudes tan heroicas las de los primeros cristianos! ¡Qué desprendimiento, pureza y caridad! La santidad nunca vista en el mundo brillaba en todo su esplendor. Tal es el efecto propio de la Iglesia de Cristo, santificar al hombre por la gracia, después de iluminarle por la fe. *Sanctificati estis, iustificati estis in nomine Domini nostri Iesu Christi, et in Spiritu Dei nostri*<sup>1</sup>. Y lo que hizo en los primeros fieles, eso mismo ha obrado siempre, en todas partes, desde el momento en que se deja sentir su acción vivificante y santificadora. Las abominaciones del paganismo huyeron avergonzadas, cual nocturnas aves al primer rayo del sol, no sirviendo su recuerdo sino de confusión y tormento á los ya purificados neófitos<sup>2</sup>. Desaparecieron los vicios sociales fomentados por la religión de las pasiones, cediendo el puesto á las más puras virtudes privadas y cívicas. Todos los estados, edades y condiciones se purificaron con el amor de la justicia y la caridad: *in iustitia et sanctitate veritatis*<sup>3</sup>, y así se efectuó aquella admirable regeneración moral, que cambió por completo la faz de la tierra<sup>4</sup>. Y el mismo fenómeno moral se ha renovado después en las naciones bárbaras é infieles, desde el punto en que las ha alumbrado la antorcha del evangelio llevada en manos de la Iglesia. Semilleros de santos fueron la Europa, el África, la América y el Asia. ¡Cuántas de esas mismas regiones se han tornado el día de hoy yermos incultos y bosques cubiertos de

<sup>1</sup> I Cor. 6, 11.

<sup>2</sup> Rom. 6, 21.

<sup>3</sup> Eph. 4, 24.

<sup>4</sup> Ps. 103, 30.

todo linaje de malezas! ¿Por qué? Porque dejaron de pertenecer á la verdadera Iglesia. Aguardad que ésta recobre allí su pacífico imperio, y veréis reflorar la santidad. No hay duda, pues, amados fieles, que la santidad es el fruto nativo de este árbol de la vida, plantado en la tierra por la mano del sembrador divino.

12. Ni es menos cierto que este fruto no lo da la naturaleza, si no la fertiliza y cultiva la gracia. *Neque qui plantat... sed qui incrementum dat Deus*<sup>1</sup>. ¿Qué es la santidad genuina y digna de nombre tan ilustre y venerado? ¿Es acaso aquel aparato vistoso de virtudes humanas de que alardeaban los santos del judaísmo, á quienes acerbamente increpaba Jesucristo? ¡Ah! no por cierto, y menos todavía la probidad exterior y sospechosa de los filósofos antiguos y modernos, ni la virtud fácil y acomodaticia de los llamados santos del protestantismo y de las falsas sectas. *Si vuestra justicia no sobrepujare á la de los Escribas y Fariseos*, decía Jesucristo, *no entraréis en el reino de los cielos*<sup>2</sup>. Pues esta santidad ilustre y eminente, cuya auréola brilla en la frente no de unos pocos cristianos, sino de millones de hijos de la Iglesia, bien se ve que es fruto sobrenatural y divino, no pudiendo dejar de ser divino el árbol que en tanta abundancia lo produce. ¡Ah, la santidad, hermanos míos, es una brillante manifestación de la divinidad de esta Iglesia fundada el día de Pentecostés por *el dedo de la diestra del Padre*<sup>3</sup>!

13. Porque la verdadera santidad y la filiación ó el ser de hijos de Dios vienen á formar una misma y sola cosa. La gracia que el Espíritu de Dios ha traído á la

<sup>1</sup> 1 Cor. 3, 7.

<sup>2</sup> Matth. 5, 20.

<sup>3</sup> *Digitus paternæ dexteræ* (Eccl. in hymno Vesp. Pentec.).

tierra el día de hoy es gracia de adopción, como lo enseña el Apóstol: *No habéis recibido el espíritu propio de los siervos con nuevas y temerosas señales, sino el espíritu de hijos adoptivos con el cual llamamos Padre nuestro á Dios*<sup>1</sup>. Ser hijos de Dios, siquiera por adopción, es participar en algún modo del ser divino que es todo bondad y santidad: es tanto como quedar santificado. Ni hay otra santidad sino la que se nos comunica por la gracia de adopción: *Quod nascetur ex te... Sanctum, vocabitur Filius Dei*<sup>2</sup>. He aquí por qué la santidad substancialmente es don divino; y la Iglesia destinada á producirla entre los hombres, está dotada para ese objeto de un poder divino y sobrenatural. Ella es la madre de la santidad.

14. ¡Oh Espíritu santo y santificador! Por tu fecundo soplo se congregó la Iglesia, se conserva fuerte y vigorosa, como en el día de su fundación, y es hoy y será hasta la consumación de los tiempos, la depositaria de tus luces y la dispensadora de tus gracias. ¡Renueva hoy los prodigios de tu aparición en el mundo, y haz brillar á los ojos de todas las naciones la majestad de tus dones y carismas! Hincha de fortaleza á los débiles, de sabiduría á los ignorantes, de temor santo á los pecadores, de nuevo fervor á los justos: derrama sobre todas las clases de la sociedad los tesoros de la santidad que trajiste á la tierra, para que por el triunfo de tu Iglesia sobre todos sus enemigos interiores y exteriores, lleguen todos los hombres á conocer al Padre, á creer en el Hijo, y á amarte á Ti, oh Espíritu de entrambos, que con el Padre y el Hijo vives y reinas por siglos de siglos. Así sea.

<sup>1</sup> Rom. 8, 15.

<sup>2</sup> Luc. 1, 35.